

«DIOS ES AMOR»

H. A. DIXON



Hablando a la mujer samaritana, Jesús declaró que «Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren» (Juan 4.24).¹ En el anterior enunciado, Cristo afirmó que Dios es persona. Él es espíritu —esto es, un Ser real, pero totalmente inmaterial. Él es espíritu —esto es, no hay nada tangible acerca de Él. No se le puede tocar, ni se le puede ver con ojos mortales. Es espíritu, sin embargo es real. Es un Dios personal.

En 1^{era} Juan 1.5, el apóstol Juan dijo que «Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él». Ese autor inspirado afirmó que Dios es un Ser intelectual. No que sea una luz, sino que es Luz. Su misma esencia es luz. Este es el aspecto intelectual de la esencia divina. La luz no es un simple atributo de Dios, sino que es Dios mismo. Santiago declaró que Dios es el «Padre de las luces» (Santiago 1.17). Pablo afirmó que Él habita en luz (1^{era} Timoteo 6.16).

En 1^{era} Juan 4.8 vemos una profunda declaración acerca de la naturaleza de Dios: «El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor». Al igual que la luz, el amor no es un simple atributo de Dios. Es Su esencia misma. Del mismo modo que la expresión «Dios es Luz» resume la esencia intelectual de Dios, la expresión «Dios es amor» resume Su esencia moral. El que no tenga idea de los atributos divinos de la belleza, el poder y la justicia, tendrá un conocimiento limitado de Dios, aunque tenga conocimiento de muchas verdades acerca de Él. Del mismo modo, el que no tenga idea del amor, no puede conocer a Dios. El amor es de Dios, porque Éste es amor. Dios, por lo tanto, es espíritu, un Ser personal; es Luz, un Ser intelectual; y es amor, un Ser moral.

Juan escribió su primera epístola a los cristianos,

con el propósito, en parte, de corregir ciertos conceptos falsos acerca de las actitudes de unos para con otros. Uno de los temas que se destaca en el libro es el que subraya la importancia del amor entre los hermanos. En 1^{era} Juan 4.7–8, leemos: «Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios. El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor».

El amor unos a otros es de un carácter cristiano tan inconfundible que sólo donde está presente hay pruebas de que alguien es hijo de Dios. «Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios». Sin amor, uno no puede afirmar que es hijo. Como el hijo participa de la naturaleza de Su Padre terrenal, el hijo espiritual de Dios participa de la naturaleza de su Padre espiritual. Ese Padre es amor, y quienquiera que afirme ser de Él, debe participar de ese amor. Debe ser parte de él tanto como es parte de Dios.

EL AMOR DE DIOS MOSTRADO AL HOMBRE

La mente del hombre jamás ha podido entender a Dios completamente. Sus ojos no pueden ver a Dios. Sus manos no pueden palpar a Dios. Su mente no puede explorar a Dios. Dios ha revelado al hombre Su naturaleza y Sus atributos, sin embargo, ninguno de los anteriores puede ser descrito en su totalidad por la pluma o por las palabras del hombre mortal. Impresionado por la anterior verdad, cierto poeta escribió las siguientes líneas:

Aunque llenáramos de tinta el océano,
Aunque toda brizna de yerba, de pluma sirviera,
Aunque el mundo, de pergamino estuviera
hecho,

Esta lección es una reimpression de *Abilene Christian College Lectures*, 1958 (*Conferencias del Abilene Christian College*, 1958). Usada con permiso del director de la Abilene Christian University Lectureship (Conferencias de la Abilene Christian University).

Y aunque todo hombre, escriba de oficio fuera,
Al escribir del amor de Dios
El océano se secaría:
No habría cabida en el rollo, para la totalidad
de ese amor,
Aunque se extendiera de un extremo a otro del
cielo.²

El hombre finito no puede entender la mente y el carácter infinitos de Dios. El hombre, entonces, debe depender de manifestaciones divinas para conocer la realidad y naturaleza de Dios. Bien podríamos decir con Pablo que «las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas [...]» (Romanos 1.20). Esta declaración hace referencia en particular a la deidad y el poder de Dios, pero también se puede decir lo mismo en cuanto a Su amor. No podemos ver Su amor, pero podemos enterarnos de este por Sus actos de divina compasión, piedad y misericordia para con el hombre.

Dios mostró Su amor para con el hombre en todos los actos de la creación. El profeta Isaías dijo que Dios hizo el mundo para ser habitado (Isaías 45.18). Lo anterior se interpreta correctamente para dar a entender que Dios hizo el mundo primordialmente como habitación para el hombre, que era el objeto de Su amor. Dios visitó al hombre, a quien hizo un poco menor que los ángeles (Hebreos 2.6-7).

En esta habitación, un Dios amoroso no sólo proporcionó todas las formas de vida necesarias para la existencia del hombre, sino que también le hizo compañera que le sirva de ayuda idónea y complementaria para sus necesidades. Unió al hombre con esta compañera por medio del vínculo más íntimo que se conoce entre los mortales, que es el amor del hombre por su esposa. Esta relación proporcionó al hombre un hogar con seres queridos, y constituyó la base para promover y proteger el verdadero amor a través de las edades. El hombre no conoce expresión más dulce del amor, que la que inunda el hogar del verdadero hijo de Dios.

El amor de Dios se refleja en la creación del universo material. Puso al hombre en circunstancias ideales en el huerto del Edén. Aun después que el hombre pecó y fue echado de ese huerto, Dios dejó manifiesto Su amor. Aunque la tierra fue maldecida y el hombre fue obligado a trabajar y a laborar arduamente, Dios le proveyó tiempos fructíferos y le garantizó tiempos de siembra y de siega hasta que el mundo deje de ser.

El hombre, estando solo en este mundo de problemas, jamás ha sido capaz de encontrar su

camino. Las soluciones de los problemas no se encuentran dentro de sí mismo. Nuevamente, Dios mostró Su amor por medio de darle enseñanza al hombre. Dios se dio a conocer a sí mismo por medio de varios mensajeros. Dio luz para disipar las tinieblas, y consejo para guiar al hombre. Ese consejo e instrucción componen el «Libro de libros». La Biblia es prueba del hecho de que Dios es amor.

La más grande prueba del amor de Dios se encuentra en el hecho de que ha proporcionado un remedio para los pecados del hombre. Juan 3.16 es descrito como el «texto de oro» de la Biblia. Es una descripción apropiada, porque ese pasaje es el paradigma del alcance del amor de Dios. Tanto amó al mundo que dio a Su Hijo para que muriera en lugar de nosotros. Juan dijo: «En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros» (1^{era} Juan 3.16a). La cruz del Calvario es donde más claramente vemos las cuatro dimensiones del amor de Dios para con la humanidad. Revela la longitud, la anchura, la altura y la profundidad de Su preocupación por nuestras almas.

La comunión y el gozo de la familia de Dios sobre la tierra es otra reflexión del amor de Dios. Esta comunión es privilegio de todos los que componen la iglesia de Dios. En esta iglesia los Suyos participan de todas Sus bendiciones. Él amó la iglesia y dio a Su Hijo para hacer posible la existencia de ella. Ese Hijo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo para santificarla y limpiarla, haciéndola una habitación idónea para el espíritu de Dios.

Como muestra final del amor de Dios, llamamos la atención a la esperanza en la otra vida. Esta esperanza fue inspirada en el hombre por las promesas de un amoroso Padre, y es la motivación que tiene el hombre para vivir rectamente. La creencia de que la vida no es más que una plataforma para llegar a la eternidad, la esperanza de penetrar el velo que lleva al paraíso de la gloria eterna, estimula en el hombre el más fuerte de los impulsos de vivir una vida como la de Dios. Esta esperanza le da la capacidad de sobrellevar las aflicciones del cuerpo y de la mente, y de resistir en su marcha a través de los difíciles problemas de la vida. Esta esperanza no es sino otra demostración del hecho de que Dios proporcionó en amor todas las bendiciones que pertenecen a la vida y a la piedad.

RESPUESTA DEL HOMBRE AL AMOR DE DIOS

Dios ha derramado Su amor para con el hombre

con el fin de recibir una respuesta amorosa de parte este. Juan dijo: «Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero» (1^{era} Juan 4.19). Para amarlo, nosotros debemos amar a los que Él ama; es un grave error creer que se puede amar a Dios mientras que a la vez se guarda rencor y se tiene mala voluntad a personas que son parte del pueblo de Dios. En el idioma del apóstol Pablo, todo cristiano debe mostrar su amor por el pueblo de Dios por medio de estimar «a los demás como superiores a él mismo» (Filipenses 2.3).

El amor debe traducirse en servicio. La fe que trabaja por el amor es la única fe eficaz a los ojos de Dios. Jesús dijo: «Si me amáis, guardad mis mandamientos» (Juan 14.15). El amor, por lo tanto, no puede separarse del servicio; el amor por el pueblo de Dios debe expresarse con servicio. Debemos amar las almas de los hombres y procurar su salvación, sirviéndoles al mismo tiempo. Son pocas las almas cuyo interés podríamos despertar, cuando cerramos nuestros oídos y ojos a sus necesidades materiales. Jesús anduvo haciendo bien, y los que aman como Él amó deben seguir Su ejemplo.

Pablo declara el carácter y calidad del amor de Dios en las conocidas palabras de 1^{era} Corintios 13. El siervo de Dios declaró:

El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera (vers.^{os} 4-7).

Este pasaje no sólo describe el carácter del amor, sino que —como Dios es amor— también describe a Dios. El pasaje sigue siendo bastante legible al poner la palabra «Dios» en lugar de la palabra «amor»:

Dios es sufrido, es benigno; Dios no tiene envidia, Dios no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera.

Puesto que el hijo de Dios ha de poseer el carácter y la naturaleza de Dios, llega a ser obvio que debe ser capaz de poner su propio nombre en este pasaje de la Escritura. Leámoslo otra vez de esta manera:

El cristiano es sufrido, es benigno; el cristiano no tiene envidia, el cristiano no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no

busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera.

Por último, que cada uno de nosotros se ponga a sí mismo, y leamos una vez más:

Yo soy sufrido, soy benigno; yo no tengo envidia, yo no soy jactancioso, no me envanezco; no hago nada indebido, no busco lo mío, no me irrita, no guardo rencor; no me gozo de la injusticia, mas me gozo de la verdad. Todo lo sufro, todo lo creo, todo lo espero.

Nadie se siente completamente merecedor de tal afirmación por sí mismo, sin embargo esta es la verdadera prueba del discipulado. ¿Conocemos verdaderamente a Dios? ¿Podremos decir que poseemos la naturaleza misma de Dios? Al responder, recordemos lo que Él dijo: «El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor» (1^{era} Juan 4.8); y lo que también dijo: «En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros» (Juan 13.35).

Al sopesar la importancia de la descripción que hace Pablo del amor, nos acordamos de la naturaleza egoísta del hombre. Recordamos su predisposición a creer que es autosuficiente. Recordamos cuán predisuesto está a justificarse a sí mismo mientras que critica a los demás. Recordamos cómo es capaz de ver la paja en el ojo de su hermano, pero no es capaz de distinguir la viga de su propio ojo (vea Mateo 7.3-4).

¿Habremos sido incapaces de recalcar en nuestra enseñanza, que sin amor no hay virtud que sea aceptable para Dios? Cuando a los hombres de Dios se les concedieron poderes milagrosos especiales, la ausencia de amor invalidó las obras de ellos delante de Él (1^{era} Corintios 13.1-2). Una vez que esos dones cumplieron con el propósito de Dios, fueron quitados; hoy día sólo permanecen la fe, la esperanza y el amor. Pablo dijo que «el mayor de ellos es el amor» (1^{era} Corintios 13.13). Esta es la cualidad que les da sentido y valor a la fe y a la esperanza que uno tiene. Es por esa cualidad que sabemos si somos o no somos de Dios. Por ella sabemos si somos verdaderamente Sus hijos. Por ella sabemos si seremos como Él cuando pasemos a Su presencia en la patria del más allá.

¹ N. del T.: En la RV, la palabra «espíritu» aparece con mayúscula inicial.

² Frederick Martin Lehman, "The Love of God" («El amor de Dios»), *Songs of Faith and Praise (Cánticos de fe y de alabanza)*, comp. y ed. Alton H. Howard (West Monroe, La.: Howard Publishing Co., 1996).